

Viajes y viajeros en el Bilbao ilustrado. De las miradas cultas a las experiencias de los trabajadores pobres

Dr. José Carlos Enriquez

Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea

Tres frecuencias traban el cuerpo de este ensayo. La primera se refiere a la mirada de distinción que los viajeros ilustrados y románticos realizaron de Bilbao y de sus habitantes. La segunda se centra en radiografiar la ciudad como objeto de viaje. La última bosqueja el viaje de los artesanos y trabajadores no cualificados al Bilbao del Setecientos y primeras décadas del Ochocientos.. A partir del estudio de la cartografía ocupacional urbana y la presencia de comunidades de trabajadores no originarios de la villa, elaboro una explicación plausible de la movilidad laboral hacia Bilbao en el contexto de la crisis finisecular del Antiguo Régimen, redimensionando todos estos factores con un “caso de estudio” aplicando una metodología microhistórica.

Bidaiak eta bidaiariak Bilbo ilustratuan. Kulturadunen begiradetatik langile pobreen esperientzietara

Saiakera-lan honen tronkoa oztopatzen dute hiru frekuentziak. Lehenengoa Bilbori eta bilbotarrei buruz bidaiari ilustratuek eta erromantikoek agertu zuten irudia da. Bigarrenak, bidaia-xede moduan, hiriaren erradiografia egiteari ematen dio garrantzia. Hirugarrenean, Bilbora 1700.eko mendean eta hurrengoaren hasieran etorritako artisauen eta langile ez-kualifikatuen bidaietan azaltzen zaigun irudia. Jatorriz Bilbokoak ez ziren langileen komunitateei buruzko eta hiriaren okupazioen kartografiari buruzko azterlanetik abiatuta, Erregimen Zaharraren mende amaierako krisiaren baruan Bilborantz langileen mugikortasun bat zegoela adierazten duen azalpen sinesgarri bat egin dut. Faktore horiek guztiak berriro ere dimentsionatu egin ditut, metodologia mikrohistoriko bati aplikatuta egindako “azterlan-kasu” batekin.

Journeys and travellers in Enlightenment Bilbao. >From the cultured gaze to the experiences of poor workers

Three frequencies combine in the body of this essay. The first refers to the distinguished gaze directed at Bilbao and its inhabitants by enlightened and romantic travellers. The second is centred on providing an x-ray of the city as an object to be visited. The final sketches the visit by artisans and unskilled workers to Bilbao in the XVIII century and the early decades of the XIX century. Starting from a study of the cartography of urban employment and the presence of workers from outside the township, I elaborate a plausible explanation of labour mobility towards Bilbao in the context of the end-of-century crisis of the Old Regime, giving a new dimension to these factors with a «case study» applying a micro-historical methodology.

I

El siglo XVIII, por antonomasia la centuria de la Ilustración y las revoluciones americana y francesa, conoce una vigorización de la movilidad geográfica y del prestigio que conlleva el viaje. La irrupción de la literatura viajera forma parte de los signos que certifican el acceso de la burguesía a un privilegio reservado hasta entonces a la minoría aristocrática. En este campo podemos hablar también de rupturas, tanto si dirigimos la mirada a los observadores como a las experiencias de lo observado. Hay que tener en cuenta que en las antiguas clasificaciones bibliográficas de la Europa baconiana, o incluso hobbesiana, los relatos de viajes forman parte de los libros de historia, constituyendo una subcategoría consagrada a la descripción de los países extranjeros, extasiándose en lo notoriamente exótico en detrimento de la razón y la verosimilitud. Contra este prescriptivismo de lo inusual y prodigioso reaccionó la sensibilidad ilustrada. De manera consciente y sistémica se erigió una metodología del viaje que exigía a los viajeros señalar los padecimientos y quebrantos de las geografías nacionales del Occidente europeo para, enunciados con objetividad, superarlos mediante la aplicación de una práctica política reformadora. Así quedó bosquejado un modelo de viaje estadístico que postulaba conocer la agricultura, las manufacturas, las finanzas, las ciudades y aldeas, las vías de comunicación y transporte, el comercio y los hombres del país propio y de los Estados vecinos, siempre con el objetivo final de gestionar de manera más acertada y adecuada los asuntos nacionales y graduar las potencialidades y amenazas de los demás. De aquí que en la narrativa viajera ilustrada podamos advertir una amalgama de características transfronterizas comunes tanto en los discursos como en los diseños y conceptos de la exposición argumental: conciencia de la realidad, criticismo, reformismo pedagógico, politización de la empresa viajera y proeséismo científico. Sobre tales acentos, al menos en el caso de la Península Ibérica, irán constituyéndose las derivas tipológicas del viaje ilustrado, es decir, los viajes económicos de Bernardo Ward y Guillermo Bowles, los científico-naturalistas del Padre Sarmiento y Cavanillas, los artísticos de Antonio Ponz, Bosarte y Vargas Ponce, los histórico-arqueológicos de Francisco Pérez Bayer o los estrictamente literario-sociológicos de Tomás Iriarte y Jovellanos¹.

Hoy sabemos que muchos de estos textos son, en realidad, relatos ficcionales dominados por el énfasis selectivo, la subjetividad expresa y, también, por la mentira implícita. Con frecuencia, ni tan siquiera el viajero es el autor de

¹ El prestigio del viaje y su protagonismo burgés en Britta Rupp-Einsenreich, "En los orígenes de la Volkerkunde alemana: De la Statistik a la Anthropologie de Georg Foster", en *Historia de la Antropología (Siglos XVI-XIX)*. Barcelona, 1989, pp. 78-103. El relato viajero en la Europa baconiana, en F. Furet, "L'histoire et l'homme sauvage", en *L'histoire entre l'ethnologie et le futurologue*. Paris, 1972, esp. pp. 231-234. El viaje ilustrado, sus caracteres y metodología en G. Gómez de la Serna, *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid, 1974, esp. pp. 75-98.

la mirada. Son el monarca, el gobernante o el comerciante los que deben ver a través del relato, conformando un nuevo sistema de representaciones que legitimaban a la postre la bulimia activista del Despotismo Ilustrado, pues muchos viajeros no dejaron de ser meros intermediarios y agentes de la hegemonía cultural que estandarizaban sus relatos como una cuenta de resultados definitiva, susceptible de ser intervenida e interpretada única y exclusivamente por el poder instituido. Semejante determinismo será el que cuestione, desde su exilio londinense y en aquella misma contemporaneidad, el sevillano José Blanco White, puntualizando lo siguiente: *El poder de observación del hombre no puede ser al mismo tiempo tan preciso y tan extenso, tan minucioso y tan general, como para permitirle incorporar los rasgos particulares de millones de seres en un solo ser abstracto que contenga los de todos ellos. Sin embargo, esto es lo que intantan la mayoría de los viajeros tras unas pocas semanas de estancia y lo que estamos acostumbrados a esperar desde la primera vez que pusieron en nuestras manos un manual de geografía*². Y es que una voluminosa y mimetizada crónica viajera llegó a saturar tanto las bibliotecas de la escuálida burguesía urbana española que hasta un autor costumbrista tan pusilánime como Ramón Mesonero Romanos observó una prepotencia folletinesca por parte de numerosos viajeros foráneos, quienes, una vez cruzado los Pirineos, se creían impelidos a proclamar *a Francia y al mundo entero* (la existencia de) *ese país incógnito y fantástico, designado en las cartas* (geográficas) *con el nombre de España (...)* *Dicho y hecho: Apodérase de su alma el entusiasmo. Atraviesa rápidamente Francia y entrando luego en las Provincias Vascongadas, tiende el paño y empieza a trazar su larga serie de cuadros originales, traducidos de Walter Scott, apropiándolos, venga o no venga a pelo, todo lo que aquél dice de las montañas de Escocia, aplicando a éstos unos cuantos nombres acabados en "charri" o en "chua" y agote vizcaíno o guipuzcoano, y yo te bautizo con el agua del Nervión*³.

Ciertamente, ironías aparte, ninguna relación de viajes es gratuita. Si la trama del viaje ahonda en la selección y literalización de lo narrado, tales parámetros también deben tomarse en consideración a la hora de enfrentarnos y de valorar las descripciones y percepciones que aquella pergeñó sobre la realidad vasca y bilbaína del Setecientos y primeras décadas del Ochocientos. Vizcaya cuenta con un corpus documental viajero relativamente notable para el periodo 1750-1850. Como es lógico, buena parte del mismo también se insertó en el referido empeño ilustrado de conocer y reformar. Por supuesto, Bilbao no era Madrid, Cádiz, París o Berlín, ciudades objetivo de muchos viajeros, así como referencias de contraste en el proceso de modernización ilus-

² J. Blanco White, *Cartas de España*. Madrid, 1986⁽³⁾, p. 55.

³ R. Mesonero Romanos, *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica (1840 a 1841), por el Curioso Parlante*. Renacimiento. Madrid, 1925. Vol. V, p. 12.

trado, sino etapa, principio del viaje o embarcadero de regreso para muchos visitantes, tanto extranjeros como peninsulares. Tampoco el discurso viajero de la geografía vasca es homogéneo. Sigo creyendo que la objetivación de una taxonomía de sensibilidades viajeras distintas es pertinente y oportuna, por cuanto puede alejarnos de un dictamen estereotipado que mezcle y confunda a todos los que dejaron un registro escrito en torno a la percepción de Bilbao y sus habitantes. Aunque sus impresiones responden a los códigos de la cultura de la notabilidad y sus recreaciones literarias son subjetivas, sesgadas y fantasiosas, es correcto y operativo distinguir entre los viajeros-exploradores, como Fischer (1797), Humboldt (1801), Von Jariges (1802) y Bramsen (1822), los viajeros-turistas, caso de Bowles (1775), Bourgoing (1789), Jovellanos (1791) o Dembowski (1840), y los viajeros-ilusionistas o paseantes de la ensoñación, empeñados en inventar y recrear una memoria viajera complaciente con una idea de ciudad armoniosa y carente de conflictos⁴. Esta pluralidad de experiencias y miradas, con todo, es muy fructífera para la historiografía social en la medida en que puede desvelarnos, en un extremo, las formas de la interacción social, los modos de vida de las categorías privilegiadas y de las humildes o las mecánicas de acción de las hegemonías históricas, así como las geometrías del espacio urbano, sus centros, itinerarios y encrucijadas, la monumentalidad estatuaría o los paisajes urbanos del orden y la transgresión, en el otro. Un análisis del balance viajero de qué observaron, cómo lo vieron, cuánto lo subrayaron y de qué modo se expresaron puede ayudarnos a comprender la fisicidad y entrañas de una ciudad que anhelaba con impetuosidad la calificación de ilustrada.

El punto inicial, lógicamente, es el referido a la primera impresión que Bilbao suscita en los viajeros. Toda la literatura viajera que he estudiado y que se inscribe en la cronología que abarca este ensayo es coincidente en revelar su genuino ser, su seña de identidad más destacable, la divisa que la individualiza y define: su inequívoca entidad comercial y mercantil. A menudo dicha adscripción es previa a la estancia, aprendida en los manuales escolares, guías geográficas y de forasteros, y se ve ratificada por la presencia de barcos en la ría y los almacenes, tiendas y casas de comercio desparramados por su territorio jurisdiccional. En 1789, el embajador y diplomático francés Bourgoing, que no estuvo en Bilbao, afirma de ella que se trata de una ciudad *en la que*

⁴ Para una más amplia exposición de la cuestión planteada, véase J. Carlos Enriquez, "Las identidades soñadas de Bilbao. Fuentes y contextos históricos de las secuencias de los imaginarios urbanos de una villa vasca (siglos XVI-XIX)", en *Bidebarrieta*, VIII (Bilbao, 2000), esp. pp. 139-140.

⁵ J.F. Bourgoing, *Nouveau voyage en Espagne ou Tableau de l'état actuel de cette Monarchie*. Paris, 1789. 3 vols. Las referencias al País Vasco se encuentran en el Vol. I, esp. pp. 5-19. A Laborde, *Itinéraire descriptive de l'Espagne et tableau elementaire des différentes blanches de l'administration et de l'industrie de ce Royaume*. Paris, 1808, 6 vols. Las notas referidas a las provincias vascas se hallan en el Vol. II y capítulo titulado "La Biscaye et ses cantons", pp. 95-153.

el comercio brilla en toda su actividad. Alexandre Laborde va más allá y confunde el giro mercantil con una idea de prosperidad universal edénica: *es la más rica y la más comerciante del Señorío, ..., la industria y el comercio han extendido su bienestar general en esta ciudad y todo se encuentra en ella en abundancia*⁵. Con tal rotundidad se emiten estos juicios que Bilbao acaba cosificándose y mutando en mero objeto de desciframiento. Hay aquí una pretensión común en todos los viajeros, pues, al esencializarla, pretenden captarla en su totalidad. Pero en este punto el sesgo profesional de los visitantes acaba determinando el peso descolante de cada descripción de la ciudad. El político Jovellanos destaca de Bilbao su inequívoca entidad urbana, la limpieza de sus calles, el alumbrado público, el excelente empedrado de sus rúas, la buena organización de los archivos de las casas consistoriales, en definitiva, los hitos civilizatorios que caracterizan la administración gubernativa de toda *población moderna*. En contraposición, el docto y académico profesor liberal Ch. A. Fischer inserta Bilbao en una topografía idealizada, de armonía con el medio y naturaleza de las que surge, muy en consonancia con los cánones prerrománticos jaleados por Goethe y Rousseau: *En cualquier parte que miremos, ¡qué riqueza, qué encantadora diversidad de objetos! Estas verdes y alineadas montañas, este feroz valle lleno de pacíficas habitaciones; este río que culebrea suavemente entre orillas llenas de árboles sombríos; este rico puerto colmado de brillantes mástiles... Toda la comarca de Bilbao es un solo paseo*. Por su parte, el físico y minerólogo Guillermo Bowles pondera la ubicación geográfica de la villa, con su clima que minimiza los impactos de la mortalidad, del tabardillo, las tercianas y cuartanas, circunstancias ambas que permiten a los bilbaínos ser *el pueblo más sano que yo conozco y gozan sus moradores los cuatro bienes más apreciados en cualquier clima, esto es, fuerza y vigor corporal, pocas enfermedades, larga vida, contento y alegría de ánimo*⁶.

A todos les gusta encaramarse a alturas para tratar de absorber y completar el espectáculo urbano, para transmitir una idea que totalice y compile aproximadamente el aspecto, situación y estructura de la ciudad. Hecho esto, y no importa que se haga al principio o al final del viaje, el visitante describe troceada e insularmente la villa. Esta visión compartimentada, de vocación integradora, es en realidad el resultado de una superposición o sucesión de imágenes parciales. Naturalmente, tanto los viajeros ilustrados como románticos que visitan Bilbao, son selectivos y se concentran en destacar unos elementos sobre otros. De la villa vizcaína se subraya la ría, sus siete calles enfiladas hacia el mercado mayor, el edificio del Consistorio y Consulado, el prado del

⁶ Melchor Gaspar de Jovellanos, *Diarios*. B.A.E. Madrid, 1947. Su estancia en Bilbao se extendió entre el 16 y 20 de agosto de 1791. Ch. A. Fischer, "Descripción de Bilbao en el verano de 1797", en *Estudios Vizcaínos*, año IV, nº 7-8 (Bilbao, 1973), pp. 229-250. Guillermo Bowles, *Introducción a la Historia natural y a la Geografía Física de España*. Francisco Manuel de Mena, impresor. Madrid, 1775.

Arenal y el paseo del Campo de Volantín. Los promontorios de esta observación serán siempre la Basílica de Begoña o el convento extramuros de San Francisco. La mirada y testimonio de F Hormaeche, de 1846, cerrando el espacio temporal que contempla este estudio, resume las observaciones de otros tantos oteadores: desde ambas atarazanas *se divisa clara y distintivamente la más bella y pintoresca porción de Bilbao (...). La ría desde el puente de San Antón a la Sendeya, los buques en ella fondeados, las altas y hermosas casas de La Estufa y de La Ribera, el frondoso paseo del Arenal, con todos sus brillantes matices, y por término las pardas cordilleras de Archanda y Garguren, ofrecen a las miradas del observador un cuadro mágico y sorprendente que el artista más hábil no puede atreverse a pintar*⁷. Identificado el territorio sobre el que se asienta la plaza, reflejado su perímetro y enumerados los accidentes más sobresalientes que se siluetean por su jurisdicción, los viajeros tienden a objetivar sus calles, plazas y paseos. En este punto, las narraciones viajeras son prolijas en el inventario del mobiliario urbano. Con la más rotunda meticulosidad de un viajero disciplinado por el orden del saber enciclopédico, para el que nada debe quedar sin mención, W.F. Von Humboldt contabiliza y pondera los establecimientos más sobresalientes gestionados por el Concejo de la villa vasca, esto es, el servicio de caños y alcantarillado, Panadería del Pontón, Casa de Misericordia, Plaza del Mercado, Carnicería y Matadero, Casa Consistorial, Consulado y Teatro de comedias, infraestructuras municipales para el amparo y desenvolvimiento de sus 10.953 moradores inscritos, por sexos y estados, según un padrón que él mismo consultó en el archivo del consistorio⁸. Verdaderamente, para estos viajeros todo es destacable, pero nada es extraordinario ni singular. Puntualmente, Valentín de Foronda sostiene que la carnicería de la villa es *digna de imitación* o el británico John Bramsen se sorprende del paseo del Arenal, no tanto porque sea el Hyde Park oxigenador de la ciudad como por ser un sociológico escenario ubicuo de múltiples metamorfosis cotidianas: hasta las dos de la tarde es la *bolsa mercantil de los hombres de negocios*; de las dos a las cuatro *centro de tertulias públicas y políticas*; a las siete sus senderos son transitados por *petimetres, damiselas y pisaverdes*, y ya anochecido *desaparecen del Arenal las señoras respetables y lo invaden en cambio otras mujeres que no tienen precisamente la intención de respirar aire limpio*⁹.

Los paseantes se cercioran de la aceptable disposición de las infraestructuras urbanas, del alumbrado público, del servicio de postas que la conectan con

⁷ F. Hormaeche, *Viaje pintoresco por las Provincias Vascongadas*. J.E.Delmas, impresor. Bilbao, 1846, pp. 45-46.

⁸ W.F. Humboldt, *Los vascos. Apuntaciones sobre un viaje por el País Vasco en la primavera del año 1801*. San Sebastián, 1975, esp. pp. 136-138.

⁹ V. De Foronda, *Carta sobre la Policía*. Imprenta de Ramón Domingo. Pamplona, 1820, p. 23; el texto de J. Bransen en J.M. de Areilza, "Bilbao, 1822", en B.R.S.B.A.P., año I, cuaderno I (San Sebastián, 1945), pp. 18-59.

las más importantes plazas de la península, de los jardines, paseos y alamedas, del Juego de Pelota, de los contados cafés e incluso de la infinidad de tabernas sitas en sus barrios y arrabales. Sin embargo, en el ánimo de los viajeros paseantes también planea un sentimiento de decepción. La ciudad carece de gabinetes de lectura, universidad, ópera, palacetes sobresalientes, catedral, coches de punto, casas de baños, en suma, de referentes arquitectónicos e infraestructuras nucleares que formulan la consideración pletórica de la Ciudad de la Ilustración. Incluso, la propia disposición del tejido urbano, el trazado de sus calles y plazas son cuestionados. Humboldt, buen conocedor del proceso urbanizador de la Europa napoleónica, admite que las casas de Bilbao ni son grandes ni tan suntuosas como las de otras ciudades comerciales y marítimas que ha visitado. Fischer, por su parte, llega a hablar de la existencia de dos Bilbao: el primero, el de las Siete Calles, es viejo, con callejuelas angostas y casas mal construidas, contrastando con el segundo, el ensanche de la ilustración bilbaína, con las carreras del Correo y Bidebarrieta, en donde se asientan y disponen regularmente inmuebles que no duda en calificar de compactos y magníficos. Y casi todos, porque muchos de ellos acaban siendo huéspedes de mesones y posadas, mencionan el hacinamiento como rasgo dominante de la estructura de poblamiento de la villa. Es el carácter liliptuense de la plaza, su geometría lineal y limitada, el que permite a los viajeros un reconocimiento exhaustivo de la ciudad. Máxime cuando ninguno osa describirnos sus arrabales, es decir, Bilbao la Vieja, Cantarrana, Achuri, Ollerías o la Sendeja, en donde se ubica al unísono el Bilbao más populoso y, también, el más peligroso, al menos si consideramos o tenemos en cuenta el discurso de las categorías poblacionistas y delincuenciales que ideó y legitimó la Ilustración vasca y europea. Al obviar tales espacios, la mirada de estos visitantes se redujo al centro. De aquí la frecuencia de descripciones prolijas y detallistas de este escenario, andado una y mil veces a lo largo de una sola jornada. Se trata de una trama urbana organizada por encrucijadas, vías de tránsito y lugares de encuentro social, y por centros más o menos monumentales –sean religiosos, como las cuatro parroquias de la villa, o políticos, como el Consistorio y Consulado-, definiendo unos espacios y unas fronteras más allá de las cuales otros hombres se distancian, se agrupan y escalonan jerárquicamente, no sólo con respecto a estas sedes, sino también en relación a otros lugares, constituyendo la red habitacional, laboral y social de las categorías subalternas artesanas, las aristocracias menestrales, los hogares mercantiles y las casas-torre de los mayorazgos nobiliarios. A todo esto se refirió el anónimo asturiano “Peter the Fable”, quien, en el año 1775, estructuró la villa y su callejero selecto relacionando a los hombres que lo habitaban con las funciones que ejercían: Somera, donde hay muchos maestros de obra prima *con algunas tiendezuelas y tabernillas*; Artecalle, habitada por tenderos, plateros y entalladores; Ascao, ocupada por albañiles, tejedores, latoneros, saqueros, pintores, cerrajeros y caldereros; Tendería, sede de *tenderos de ropa*,

con algunas sederías y tal cual mercader, como los hermanos Cortesanas, sujetos de buen humor, muy francos y acaudalados; Belosticalle, donde se enraciman tiendas de varios oficios; Carnicería Vieja, albergue de esquiladores, pescadores, vendedores de quincalla y grano y barberos, siendo el único vecino de distinción Don Marcos Sollano, hombre acaudalado; Barrencalle, conformada por vendedores de bacalao, aceite, grasa, aguardiente y en ella viven también muchas cargueras que sirven como mozos de cordel, a semejanza de Madrid; Santa María, Ribera, Arenal, Bidebarrieta, Correo y Jardines, donde se concentran las casas y familias del comercio y la nobleza originaria¹⁰.

No debe extrañarnos que, en medio de una cartografía social tan magnética, los viajeros de la Ilustración individualicen y nominen a los hombres más distinguidos y ricos de la sociedad bilbaína. Al fin y al cabo, aunque extranjeros y meros visitantes de la villa vizcaína, también ellos pertenecían al grupo de las élites culturales, sociales, económicas y políticas de sus respectivos países y ciudades de origen. Esta concomitancia de cultura y estatus social hace todavía más atractiva la mirada de los viajeros, porque estructura y escruta la identidad histórica de la mesocracia urbana, al tiempo que trata de auscultar los latidos de la multitud, del pueblo de Bilbao. Humboldt, sin duda el viajero más perspicaz e intuitivo de cuantos visitaron la villa en aquella época, apunta las paradojas xenofóbicas en las que se debatía la burguesía local, concluyendo con esta rotunda afirmación: *los mercaderes forasteros que quieren avvicindarse en Bilbao tienen que dar pruebas de su linaje y en ello encuentran grandes dificultades*. Se trata de una contradicción insoportable, sobre todo cuando *el continuo tráfico con los forasteros ha desalojado las costumbres patrias ..., y hasta el idioma es impuro y mezclado de castellano¹¹*. Tales desajustes y conflictos tendían a paliarse con la exacerbación de un catolicismo activista y practicante, que, en opinión del viajero italiano Laglance, devino en comunitario y disciplinador: *Estos habitantes ya no reciben a judíos y su fe es probada, sus costumbres sanísimas, sin gazmoñería, como que es rara la familia, rica o pobre, que todas las noches no rece un tercio del santo rosario, y en algunas de aquéllas después de la cena, aunque esta se efectúe muy de noche ... y aunque muy fieles siempre en todo género de sacrificios a las banderas de Castilla, parecen una colonia de industriosos extranjeros en los dominios de Su Majestad Católica¹²*. En la búsqueda del carácter idiosincrático de los bilbaínos –toda una obsesión en el corpus viajero analizado–, los visitantes se balancean entre la recreación estereotipada y el tópico convencional, trufado a menudo con ciertas esencias de psicologismo puntual: *rigidez y des-*

¹⁰ E.J. Labayru, *Historia General de Vizcaya*. Bilbao, 1967. Vol. VI, cap. XIV.

¹¹ W.F. Humboldt, *Los vascos...*, op. cit., p. 164 y 136.

¹² El testimonio de Juan Laglance, quien permaneció en Bilbao desde el 15 de julio hasta el 5 de septiembre de 1778, lo reproduce T. Guiard, *Historia de la Noble Villa de Bilbao*. Bilbao, 1974. Vol. V, pp. 87-88.

precio por las novedades –afirma Fischer de los vecinos de Bilbao-, amor a la patria y a la libertad, honradez y astucia; solo que como resultado del clima, hay más pasión y más vivacidad. Prácticamente en los mismos derroteros se mueve la pluma del militar inglés S.E. Cook, para quien los bilbaínos son *alegres y trabajadores, siempre atareados en una grande y opulenta ciudad y puerto de mar, en que se encuentra poco o ningún vicio entre las mujeres*¹³.

Podríamos multiplicar las reseñas viajeras que tratan de observar la identidad de los bilbaínos y siempre llegaríamos a la misma conclusión. En tales narraciones priman las miradas y percepciones cromáticas, sistematizadas entre un esencialismo prescriptivo y un determinismo contextual. Buena prueba de lo que afirmo es el tratamiento otorgado a las cargueras en su deambular por el espacio urbano y las construcciones literalizadas inferidas de dicha representación. En general, choca y agrada esa presencia. Y es que para los hombres de letras e intelectuales viajeros ilustrados y románticos, en sus exploraciones urbanas siempre tuvo un difícil acoplamiento la presencia reiterada de la mendicidad. Los pobres eran considerados una raza aparte, un conglomerado abyecto, siempre fuera de la comunidad urbana. En su visita a Bilbao, Jovellanos se entusiasma por no haber encontrado a ninguno en la villa, hecho que le sorprende y congratula, porque su *Diario de Viaje* aparece repleto de notas acerca de estos miserables nómadas, tan proclives a la pereza, la irreligión y la promiscuidad. La peor pobreza era la femenina, antecala del vicio y la prostitución. Encontrar unas pobres mujeres ejerciendo el oficio de porteadoras, estibadoras y transportistas rompía con el maleficio de las secuencias catastróficas que encapsulaban el discurso ilustrado sobre la vagancia y ociosidad plebeyas. Esto no significa, en absoluto, que los viajeros se esfuercen en revelarnos sus problemas económicos o laborales, ni que se adentren en sus casas para ilustrarnos sus modos de vida, sus anhelos y frustraciones vitales. Sencillamente son materiales narrativos, muy dúctiles y maleables para construir o pintar un cuadro costumbrista, en el que de ínfimas trabajadoras de la plebe son trocadas en unas marmóreas e idealizadas Amazonas, siempre dispuestas al duro trabajo, dichosas y felices al concluir su jornada laboral y sin que jamás perdieran un ápice de la belleza y lozanía que caracterizaba a su sexo. ¿O no es éste, acaso, el dictamen que debemos coleccionar del testimonio escrito por el viajero Guillermo Bowles?: (...) *en Bilbao, las (mujeres) de la ínfima plebe trabajan más que si fueran hombres. Ellas son los mozos de cordel de la villa, que cargan y descargan los navíos. Los forzados de Cartagena y Almadén son haraganes en comparación suya. Van descalzas de pie y pierna, y desnudos los brazos (...) y bien bebidas y cargadas de peso corren sueltas y firmes, que es gusto verlas. Por la tarde, cuando han acabado las faenas, vuelven a sus habitaciones sin dar la menor señal de cansancio,*

¹³ Capitan S.E. Cook, "Croquis en España durante los años 1829, 1830, 1831 y 1832", en *RIEV*, Vol. XXI (San Sebastián, 1930), esp. pp. 64-66.

muchas veces bailando por las calles al son del tamboril entrelazadas de las manos unas con otras (...). Estas singulares mujeres tienen la tez fresca y sanguínea y todas hermosas pelo, fundando la mayor gala en lo largo y grueso de sus trenzas.

El paisaje social recreado por estos viajeros, para concluir este apartado, discrimina la colisión y anula cualquier vestigio o escala de conflictos. Más aún, las singularidades de la tensión, las relaciones de la verticalidad social o los símbolos constituyentes de las identidades sociales.. sean dirigentes o subalternas, quedan desdibujadas y subsumidas en el absorbente peso alcanzado por una república urbana ordenada, habitada por una aristocracia paternal, una mesocracia artesana y mercantil orgullosa de sí misma y una plebe sumisa. En esa clave se sitúa el alemán Fischer cuando escribió lo siguiente: *las costumbres de todas las clases sociales (de Bilbao), según observaciones acreditadas, deben ser las más puras de España.* Ni que decir tiene que este aserto es una mixtificación contemporizadora de las distancias sociales, difíciles de captar por parte de unos viajeros –que conste, no pienso precisamente en Fischer- con un escaso bagaje crítico. Por eso, al proceder así lo que realmente hicieron fue inventar una comunidad histórica y geográfica que era tramada más por los dictados de la hegemonía política, en la que ellos se ubicaban –incluido Fischer; de ahí sus palabras- que por el consenso social. Los visitantes fueron conscientes de que la sociedad bilbaína no era homogénea, sino estratificada y fraccionaria, pero incapaces de aprehenderla y explicarla -tal como hicieron Blanco White, Borrow o Ford para otros ámbitos urbanos de la Iberia decimonónica-, confundieron o entendieron determinados comportamientos populares como elementos integrados en el proyecto moral que patrocinaba y dirigía la élite local y, en última instancia, la propia ciudad ilustrada. De aquí también la complacencia hacia un pueblo y unos trabajadores que, felices y raudos, acudían a unas romerías donde el flirteo es ingenuo, la confraternidad interclásista absoluta y los bailes y danzas inmensos repertorios folklóricos susceptibles de incorporarse a los prolijos diccionarios y enciclopedias del Ochocientos europeo, como de hecho así ocurrió. Está claro que los viajeros ilustrados en Bilbao, cuando se refieren a actores sociales piensan exclusivamente en el patriciado local o en otros sectores privilegiados de la sociedad de origen extranjero, pero asentados en la villa, siempre caracterizados por su actividad y dinamismo, únicos promotores e impulsores de la historia de la ciudad.

II

Antes de pasar a caracterizar en profundidad la movilidad plebeya, su presencia en la villa, el trato hacia los forasteros y residentes no vecinos de Bilbao, etc., convendría preguntarnos si durante el Setecientos la villa vizcaína elaboró o reforzó alguna estrategia que incitara a viajar a la misma. Aquí no estoy

pensando en una villa que oferta expectativas laborales, económicas o políticas a aprendices o criadas, a factores o representantes de casas comerciales, o a poderhabientes de las diferentes anteiglesias, concejos, valles y merindades del Señorío que viajan regular o puntualmente a Bilbao para asistir a un Regimiento particular o a una Junta que trata de resolver un problema específico. En todos estos casos, así como en otros no explicitados, Bilbao se constituye en centro nodal de un inmenso espacio geográfico, en epicentro de un sistema regional de interacciones humanas y de redes históricas que combinan tiempo, territorio, escala y jerarquía¹⁴. Quizás, para entender lo que pretendo plantear en este apartado, todo se podría resumir con la siguiente batería de preguntas: ¿qué hechos, qué acontecimientos provocaban la atracción del viaje a Bilbao?, ¿cómo los incentiva la villa?, ¿qué reportaban a viajeros y vecinos?

Sin duda ninguna, el gran acontecimiento que, año tras año y de manera masiva, movilizaba a los naturales de Bilbao y atraía a forasteros y visitantes fue el Octavario del Corpus y los festejos de toros de la primavera, agosto y/o septiembre. Algunos viajeros de la Ilustración ya lo advirtieron, especialmente Humboldt. No hace falta insistir en que esta cuestión nos introduce de lleno en el campo de la ritualidad de la cultura popular, en el teatro de la hegemonía patricia, en el contrateatro de las resistencias plebeyas y en los procesos de comercialización y monetarización de los espectáculos y diversiones que jalonaron la transición del Antiguo Régimen a la era de la industrialización y capitalismo. Las cartas del factor y mercader Irisarri a los Villarreal de Berriz, publicadas por Manso de Zúñiga a finales de la década de los cuarenta del siglo XX, son tan claras como denotadoras de la euforia con que se vivía el festejo taurino en la primera mitad del siglo XVIII, de la afluencia de los hijos de los mayorazgos de la Tierra Llana a los bailes y cañas, del entusiasmo que ponían los bilbaínos, vizcaínos y provincianos de Guipúzcoa en ejecutar las “rudezas plebeyas” y de la regocijante mixtura de los forasteros con el pueblo llano de Bilbao. Durante un cuarto de siglo, desde la década de los veinte hasta 1750, el cartulario nos irá desgranando los hechos más convencionales y cotidianos de una familia de mercaderes y ferrones que vive a caballo entre Bilbao y Lequeitio, así como los acontecimientos más trascendentes que afectan al giro comercial de las compañías asentadas en la ciudad y las relaciones políticas europeas, como la Guerra de los Siete Años, pero no olvida mencionar el impacto del festejo como elemento de cohesión e interacción de la sociedad bilbaína con los convocados visitantes. Así, en 1731, Irisarri comenta: *bravo chasco han llevado los forasteros que han venido a ver los toros ... por las nieves y aguas caídas*, y una década más tarde, en mayo de 1741, admite que la celebración del Corpus cuenta con una *muy buena fiesta de*

¹⁴ Sobre los paradigmas analíticos de los sistemas regionales y el polo de atracción ejercido por las ciudades más pobladas, véase W. Skinner, “Cities and the Hierarchy of Local Systems”, en VV.AA., *The City in Late Imperial China*. Stanford University Press. Stanford, 1987, esp. pp. 37-45.

toros. De todas partes acuden gentes, pues las fiestas prometen ser sonadas, no faltando algunos jóvenes de las mejores familias que, dejando tricornio y casaca, vienen de tapadillo, como un hijo del Barón de Areizaga que acude de capa y gorra para pasar desapercibido y divertirse en los bailes populares; finalmente, en 1749, al achacoso Irisarri, cercana su muerte, ya acabada la guerra y con mucho dinero circulando en la villa, la afluencia de forasteros y el jorgorio de las clases bajas de la sociedad bilbaína le incomodan, ya que *la bulla de mi barrio no cesa, todo es preparativo de toros y cañas y para mi de poco gusto, pues basta que se acaba no dejan de sosegar ni de día y aún menos de noche con tanta bulla que queda en la Plaza a expectación de toros, y de esta manera no hay manera de trabajar y habiendo noticia de toros los bilbaínos, como siempre, dejan de trabajar*¹⁵.

El repertorio epistolar transcrito por Manso de Zúñiga tiene la virtualidad de proyectarnos -como ya se ha indicado- la relación ambigua de los hijos de la pequeña y mediana nobleza vizcaína y guipuzcoana con la villa más poblada del Señorío. Los jóvenes pertenecientes a la clase jauntxa buscan conscientemente el anonimato para conseguir mezclarse con las cuadrillas de jóvenes de las categorías subalternas, no dudando incluso en desprenderse de sus atuendos que tan singular y distintivamente les significan y definen. A la carta de mayo de 1741, reseñada líneas arriba, podríamos añadir el siguiente comentario de Irisarri correspondiente al año 1744. *Los jóvenes petrimetres que desean divertirse siguen desprendiéndose del tricornio y la casaca para bologarse a sus anchas; de estos alegres disfrazados es el más frecuente el lequeitiarra Pedro de Unzueta, que desde primeros de abril anda por Bilbao embozado con gente moza estudiantina y, si alguien le reconoce e invita, responde que es su idea no darse a conocer y divertirse a gusto con gentes jóvenes*¹⁶. Posiblemente a esto se refirieran los viajeros ilustrados cuando, al relatarnos las romerías a las que acudían los bilbaínos, apreciaron una concurrencia sin distinciones sociales. Pero ni siquiera los espectáculos públicos oscurecían las jerarquías. La circularidad cultural de los vástagos de las clases dirigentes vascas no refleja ninguna excepcionalidad en la historia social del Setecientos europeo; se inscribe en el contexto de las interferencias y en el proceso de las convergencias entre las culturas de la élite y la popular, siendo un puntual exponente de la plebeyización patricia el Corpus y las fiestas de agosto del Bilbao dieciochesco¹⁷. Para los hijos del patriciado rural, una comunidad festejante era un paraíso que patentizaba su eterna juventud, revelando en última instancia el poder adquirido sobre los últimos recovecos del ciclo expan-

¹⁵ Gonzalo Manso de Zúñiga, "Cartas de Bilbao", en *B.R.S.B.A.P.*, año V, trimestre I (San Sebastián, 1949), p. 33, e *Ibidem*, año V, trimestre II (San Sebastián, 1949), p. 192 y 210-211.

¹⁶ *Ibidem*, p. 195.

¹⁷ R.M. Isherwood, *Farce and Fantasy: popular entertainment in 18th century Paris*. Oxford, 1986, esp. cap. VIII; y del mismo historiador, "Entertainment in the Parisian Fairs in the 18th century", en *Journal of Modern History*, Vol. LIII Chicago, 1981), pp. 24-48.

sivo de las economías de escala campesinas. Y el mejor recurso para la adaptación, en un medio tan rotundamente popular, era el transformismo. Su plebeyismo amalgamaba el placer del anonimato con la alegría de una transgresión de baja intensidad. Por estatus y por recursos, podían acudir a zaherir y brincar ante los bueyes ensogados por las calles, asistir a los palcos más caros de la ópera italiana que administraba la Casa de Contratación, rondar a las criadas que se arremolinaban en las fuentes públicas o emborracharse con las cuadrillas de jornaleros en la caótica red de tabernas que enracimaban la ciudad. Acoplados fácilmente a los distintos nichos urbanos, sus extravagancias rara vez eran irracionales. Sabían que si subvertían las normas, también podían exhibir sus preeminencias, exonerarse de responsabilidades y penar sus pecados, sobre todo sexuales, con el bien que más les distinguía, el dinero. Durante el siglo XVIII, como en los siglos precedentes y sucesivos, los festejos de Bilbao conocieron la figura del disoluto, del despilfarrador de fortunas, del seductor de jóvenes de la chusma. Algo de todo lo dicho es perceptible todavía -aunque más civilizado, en el sentido decimonónico del término- en el epistolario a “Pacho Gaminde”, compilado por Gortázar, y que repasa la vida festiva y cotidiana de la década central del siglo XIX¹⁸, muy poco en la amplísima obra literaria de Antonio Trueba¹⁹, y nada en las memorias de la niñez pre y post-restauracionista de Unamuno y Orueta²⁰.

La documentación municipal del Setecientos bilbaíno, como es lógico, también atestigua esta presencia multitudinaria. Pero ahora nos interesa dimensionar el rastro de los forasteros pertenecientes a las capas humildes de aquella contemporaneidad histórica. Recordaré, no obstante, que mi intención no se guía en este punto tanto por calibrar las estructuras de estos flujos migratorios de corta duración como por articular una explicación plausible de los incentivos que favorecen y facilitan los distintos viajes a Bilbao. No es importante que el lector colija una lectura impresionista de estas páginas si al final advierte, además, la multiplicidad de factores históricos que intervienen en la decisión de viajar a Bilbao. Como se verá, no se trata de una cuestión intrascendente. Un memorial de los vecinos de Allende el Puente (Bilbao la Vieja), de 1704, nos informa del grave quebranto que sufrían por la erección de tabla-

¹⁸ J. Carlos Gortázar, *Bilbao a mediados del siglo XIX, según un epistolario de la época*. Librería Arturo. Bilbao, 1966.

¹⁹ A. Trueba, *Bosquejo de la organización social de Vizcaya*. Juan E. Delmas, impresor. Bilbao, 1870. Trueba es, incluso, muy crítico y moralizador con los contactos entre las villas y las aldeas. Este miedo al contagio le lleva a afirmar lo siguiente: “La juventud de las villas que acude a las romerías de las aldeas introduce nuevos bailes que se avienen mal con la honestidad y pureza de las costumbres del país, y si son tolerables en un salón donde el abuso y la licencia son menos punibles, no lo son en un campo ocupado por miles de personas” (p. 45).

²⁰ M. de Unamuno, *Recuerdos de niñez y mocedad*. Espasa-Calpe. Madrid, 1982; J.A. Orueta, *Memorias de un bilbaíno (1870-1900)*. Biblioteca Bascongada de los Amigos del País. San Sebastián, 1952 ⁽²⁾.

dos altos por parte de los oficiales carpinteros *que los fabrican para que puedan ubicarse sólo 200 personas* -las del gremio de San José-, en detrimento de *la visión de entre 4 y 5000 personas que se acomodan en el puente de la villa*, así como en menoscabo de las *visitas de forasteros y vecinos que no acuden a verlas, siendo esto lo que más se debe atender para que nuestra ilustre y noble villa de Bilbao sea gloriada de todos en general y de cada uno en particular*²¹. Esta pauta se irá consolidando a lo largo de la centuria. A finales del siglo XVIII y en las primeras décadas del siglo XIX, la asistencia a las corridas superaba los veinte mil espectadores diarios, lo que suponía doblar prácticamente el contingente vecinal empadronado en la ciudad. Pronto los Síndicos de Concejo fueron conscientes de las ventajas que deparaba el ciclo festivo primaveral y veraniego *a las utilidades del comercio, a los pobres artesanos y a todos los abastos de pan, vino, carne, aceite y demás géneros* –señalaba un dictamen económico correspondiente al año 1768-, *y porque de todas las provincias vecinas, como son Guipúzcoa, Navarra y Alava y aun de Aragón, suelen concurrir gentes a estas fiestas y a comprar con este motivo géneros de comercio de que abunda esta villa, por el grande que tiene con los vecinos de Francia, Inglaterra y Holanda, y últimamente los pobres artesanos y menestrales que tienen obra atrasada consiguen venderla*²². Con el transcurso de los años y, no lo olvidemos, con la asociación entre fiesta y negocio, las autoridades se vieron impulsadas a constituir retenes de policía para velar por la seguridad de los viandantes, forasteros y vecinos de Bilbao. En septiembre de 1784, *para evitar los desórdenes que puede ocasionar la concurrencia de gente forastera a las funciones de novillos en Bilbao* el Corregidor del Señorío ordenó poner en las anteiglesias de Deusto, Abando y Begoña dos cuadrillas por cada república para que rondasen hasta las diez de la noche, celando especialmente los comportamientos bullangueros de la marinería europea²³. No son sólo los ebrios y agavillados marineros los que preocupan a las autoridades. Cuando detuvieron al tejero guerniqués Francisco Orueta, en junio de 1774, éste reconoció que había llegado a Bilbao *con el ánimo de ver las fiestas del Corpus Christi y pasar después a la Montaña (Santander) para ganar su sustento*. Claro que Orueta era un prófugo que se había escondido en Marquina después de fugarse del Presidio de San Sebastián en el que había estado unos meses acusado de participar en un robo y aprovechó la algarabía festiva de Bilbao para cometer otro²⁴. Por su parte, el artesano ceñidorero Joaquín Bilbao será denunciado y detenido, en septiembre de 1801, *cuando estaba viendo los novillos que se celebraban en la villa*, inculpativo como salteador de cami-

²¹ Archivo Histórico Municipal de Bilbao (A.H.M.B). Libro de Decretos. Año 1704, folio 114 vº.

²² A.H.M.B. Ibidem. Año 1768, folio 51 rº.

²³ Archivo Histórico Foral de Vizcaya (A.H.F.V.). Corregimiento de Vizcaya (C.V.), leg. 405 nº 1.

²⁴ A.H.F.V.. C.V. Leg. 459 nº 5.

nantes y viajeros que se dirigían precisamente a Bilbao para participar en los festejos que promocionaba la ciudad²⁵.

Las puntuales ejecuciones públicas eran otro motivo para viajar a Bilbao. Su excepcionalidad fue un acicate para la movilización masiva. El ajusticiamiento del “provinciano”, en junio de 1750, debió ser memorable. Atrajo a una multitud, convocada además por Avisos Públicos, que lloró ante las palabras del confesor Olaso y la actitud contrita y resignada del reo, que escuchó con atención los cargos y el relato del asesinato de Igartua en la Colación de Bedia, motivo por el que se daba garrote vil al criminal, que aprendió toda la jerga punitiva que acompañaba al teatro del castigo y del terror del poder y que —en una clara acción de contrateatro— se solidarizó con el alma del difunto otorgando una limosna —nada desdeñable— de 350 pesos para hacer un entierro en la Misericordia en la que nada faltó: música, comunidad de San Francisco, cabildo eclesiástico al completo y un gigantesco séquito de expectantes, acabándose todos los oficios rituales de un entierro de primera categoría a la intempestiva hora de las nueve y media de la noche²⁶. La aparatosa efestiva de este complejo ritual tenía como objetivos blandir la justicia del poder, radicalizar la culpabilidad social y fijar en la memoria colectiva el destino que aguardaba a los culpables, sobre todo en aquellos casos en que concurrían a un mismo tiempo los agravantes del robo y el homicidio²⁷. Tampoco debe sorprendernos que el ajusticiamiento diese tanto protagonismo a la calle, la plaza y el patíbulo. Se trataba de un mecanismo funcional del poder para representar su oposición militante al delito, y para ello convocaba a las muchedumbres, cuanto más numerosas mejor. En la ejecución de Josefa Azqueta, el primer día de abril de 1829, el Ayuntamiento de Bilbao, la Diputación de Vizcaya y la Intendencia de la Policía de la Provincia, coordinaron un operativo punitivo preparado meticulosamente: los paisanos armados de la villa formaron un cuadro alrededor del patíbulo, retenes de guardias impidieron que la entrada a la cárcel y los puentes de Bilbao se colapsaran de curiosos, patrullas de soldados mantuvieron expedita la carrera de la comitiva de la reo y la justicia y un compacto grupo de miqueletes custodió la escalera del cadalso²⁸. Pasado el trance, las autoridades de todas las instituciones mencionadas se felicitaron entre sí porque, a pesar del inmenso gentío que acudió a la villa, el sosiego y la tranquilidad fueron las notas dominantes que caracterizaron el espectáculo. En Bilbao, las penas infamantes con aparato coercitivo público fueron más numerosas que las ejecuciones citadas. Desde nuestra perspectiva

²⁵ A.H.F.V. C.V. Leg. 297 nº 11.

²⁶ G. Manso de Zúñiga, “Cartas ...”, art. Cit., p. 213.

²⁷ Para el ámbito vasco, véase, P. Oliver Olmo, *Impacto y olvido. La pena de muerte en Pamplona (siglos XVII-XIX)*. Salhaketa. Pamplona, 1998.

²⁸ Archivo Casa de Juntas de Guernica (A.C.J.G.). Archivo Bajo (A.B.). Seguridad Pública. Policía. Correspondencia. Registro 291.

contemporánea no podemos contemplarlas más que como genuinas ofrendas a la misoginia patriarcal y la cruzada moral contra el “pecado de la carne”. Desnudas y emplumadas en la argolla del Arenal, unas chicas –acusadas en la mayoría de las ocasiones de ejercer la prostitución- recibían el escarnio de vecinos y aldeanos durante unos días y después se las desterraba con pífanos y cajas de la villa. Todo un espectáculo colectivo que, afortunadamente, el Bilbao Ilustrado fue orillando y que tenía la finalidad de apuntalar el cuerpo dócil de la mujer y la memoria vengativa de la comunidad²⁹.

Citaba arriba a la comunidad de San Francisco, sita en la jurisdicción de Abando, auténtica “alma mater” de la plebe de Bilbao y pueblos aledaños, su vocero e intermediario. Ello me da pie para señalar otro incentivo de viaje y movilización hacia la villa, sobre todo de las categorías villanas. Me refiero a las Misiones de los frailes predicadores que convulsionaban a la multitud, jaleando tanto su religiosidad melodramática como su conciencia moral. La misión del padre Calatayud, en julio de 1732, y en la que participaron todas las cofradías piadosas de Bilbao y las fábricas eclesiásticas de toda la derrota del Nervión, Txorierrri y Arratia, congregó en el prado del Arenal a miles de devotos feligreses, peregrinos y romeros. Fue uno de esos escasos momentos de gloria para la plebe y de pavor para el comercio de la villa, muy receloso de la presencia de campesinos y artesanos rurales organizados en cuerpos de comunidad por sus respectivas repúblicas de origen y que recordaba el *modus operandi* de la no tan lejana Machinada de 1718. Por Arriquibar sabemos el hartazgo que, tanto a él como a otros mercaderes, produjeron sus sermones, y por el ya tantas veces citado Irisarri, la atención devota que sus palabras suscitaban entre los asistentes y el tan-tan monacorde de todas las conversaciones, pues *no se hacía otra cosa* –concluía- *por las tardes que misiones*, contrariado ante la pujanza del “negocio espiritual” y el reflujó de las compraventas de hierro, cacao y tejidos³⁰. Hasta cierto punto es razonable el miedo que provocó este acontecimiento en las autoridades bilbaínas y la mesocracia urbana. Sencillamente, no lo habían organizado y, por tanto, no podían controlarlo. Un enclave que contaba con ocho mil vecinos era sometido a una presencia vespertina de cuatro o cinco mil rústicos que, después de cada jornada evangelizadora, se dispersaban por la ciudad, recorrían los altares y nichos santeros que flanqueaban cada calle, ante los que rezaban rosarios, o se precipitaban a las tabernas, mesones y juegos de bolos que se expandían por los cuatro puntos cardinales de Bilbao, en un contexto en el que un savonarola iracundo denunciaba cada tarde el estado de corrupción y avaricia de las clases dirigentes de la ciudad. Como sabemos, todo acabó en un largo y

²⁹ J.C. Enríquez, *Costumbres festivas y diversiones populares burlescas. Vizcaya, 1700-1833*. Beitia. Bilbao, 1996, esp. pp. 35-37.

³⁰ N. de Arriquibar, *Recreación Política. Reflexiones sobre el Amigo de los Hombres en un tratado de población considerado con respecto a nuestros intereses*. Tomás de Robles, impresor. Vitoria, 1779. G. Manso de Zúñiga, “Cartas ...”, art. cit., p. 38.

ruidoso conflicto judicial. El patriciado linajudo y mercader se sintió abofetado por un predicador que les acusaba de fraude sistemático en el peso de sus tiendas y almacenes, usando unas medidas para lo que recibían y otras diferentes para lo que daban, siempre ventajosas para sus intereses³¹. De poco sirvió la concordia firmada en septiembre de 1732 entre el Cabildo eclesiástico, la villa y algunos de los caballeros más adinerados de Bilbao. El Consulado se sintió excluido y solicitó amparo al Consejo Supremo de Castilla. Este, veinte años más tarde, certificará la honradez y responsabilidad de sus giros.

En el fondo, las derivas de tales concurrencias son hitos puntuales que trazan las conexiones –en mi opinión, más trascendentes e importantes desde la praxis histórica- entre creencias religiosas y comportamientos económicos, como puede constatarse a través de las reacciones provocadas por una misión predicadora, entre la moral colectiva patibularia y la cohesión social, como reflejan los ajusticiamientos y castigos rituales o entre espectáculos de masas y el consumo de bienes culturales que la plebe, viviendo en la villa o viajando a la misma, disputaba al patriciado local sin treguas ni descansos. Quizás, para que pueda entenderse mejor el significado de tales conexiones, sea revelador analizar el tratamiento que otorgó el poder instituido, o sea la Diputación y el Concejo, a los pequeños empresarios ambulantes que pretendieron dispensar al vecindario de Bilbao con títeres, circos de volatines, linternas mágicas, hispanoramas, gigantes y enanos, físicas recreativas, muestras de animales, fantasmagorías y otro largo etcétera. Se trata de espectáculos, en muchos casos pasivos, que ensanchan el complejo festivo por su amplia capacidad de atracción y convocatoria públicas y que objetivan casuísticamente el proceso de monetarización del ocio social, entendido éste ya como otra mercancía en los primeros estertores del capitalismo. Pues bien, la notabilidad de la villa los interiorizará de forma traumática. Al mismo tiempo los anhela y desdeña, los convoca y vigila, los acepta y prohíbe. Con frecuencia, las autoridades temieron que tras todas estas formas y disfraces de espectáculos visuales se escondieran los hijos de la ramera de Babilonia, complotistas y espías liberales y/o absolutistas que sólo ansiaban el descarrío de la senda de la virtud del vecindario de Bilbao o extravagantes personajes que cuestionaban con sus exhibiciones el orden sagrado de la corporeidad y fisicidad humanas. Con tales argumentos respondió la Diputación de Vizcaya al equilibrista Juan Peters, quien, en octubre de 1825, instaló un circo en Begoña y tenía entre sus diversas actuaciones *la peligrosa y aventurada suerte de introducir por una*

³¹ P. de Calatayud, *Doctrinas prácticas que suele explicar en sus misiones*. Valencia, 1739: *Pecan mortalmente los que usan de un peso para recibir y comprar y de otro menor e infiel para dar; verbigracia, en Bilbao, donde la libra que reciben es de 17 onzas y la que dan al corresponsal de Castilla es de 16; el quintal que reciben es de 104 libras y algo de caída, que sube hasta 110, y al corresponsal encajan quintal con 100 libras sólo*. También denunció los hurtos en las remesas de mercancías que efectuaban los “criados de escritorio” de Bilbao y San Sebastián que repercutían luego en los arrieros e intermediarios (Vol. II, p. 219).

*garganta una barra de hierro de doce libras ... (por lo que) se le previene que se abstenga absolutamente de presentar al público excesos tan horrosos, capaces de herir la sensibilidad de los espectadores, apercebido de que si se propasase a ejecutar esta acción o el de las espadas, se tomará la providencia que merezca su falta de obediencia*³². Por supuesto, todas estas actuaciones y diversiones tenían una impronta estacional, seguían las pautas trazadas por los calendarios festivos o las celebraciones extraordinarias y precisaban de autorización policial y administrativa para instalarse, tanto en la vía pública como en locales particulares. Como industrias del espectáculo se afianzaron después de la Guerra de la Independencia, siendo sus promotores casi siempre extranjeros y en menor número españoles, pero siempre originarios de las grandes ciudades del país. La presencia de tales diversiones en Bilbao refleja, lógicamente, su aceptación popular así como la variedad consolidada de este tipo de negocios: en 1816, Francisco Burelas obtuvo permiso para instalar un Museo de Historia atural, y al año siguiente, el parmesano Lazaro Arunnie logró el plázet municipal para colocar un entarimado con animales salvajes; en los conflictivos días del Trienio Liberal, el napolitano Antonio Feliz solicitó otro, esta vez de animales domesticados, y en 1823 el inglés Antonio Poset impactó al vecindario con un tinglado de física recreativa; durante la estancia del rey Fernando VII y su esposa, en 1828, la ciudad sufrió un colapso de espectáculos y se convirtió en una Corte de prodigios ante las fantasmagorías de Vicente Burk, la compañía circense del italiano Lázaro Aranvinini y el prestidigitador sevillano Florencio de Santa María. El bajo coste de algunas de estas exhibiciones fue lo que determinó a algunos bilbaínos a instalar cosmoramas e hispanoramas –muy de moda durante el período romántico– en algunas posadas de la villa, como Domingo Aspiazu en 1828 o Nicolás Delmás al año siguiente³³. Por las concesiones de permisos otorgadas por el consistorio, sabemos que la calle era el epicentro de tales espectáculos. En ella actuaron muchos inválidos realizando ejercicios malabares y ciegos tocando diversos instrumentos a la vez. En la vía pública actúan, también, prestidigitadores itinerantes que, de paso, venden quincallería, y volatines que dan vueltas sin parar, cimbreando sus cuerpos, o se encaraman a elevados alambres sin temor al vacío. Ciertamente de los recuerdos de Siro Alcain de un viaje que hizo a Bilbao siendo niño, en mayo de 1844, no se desprende ninguna de las jermiadas advertidas por las autoridades del Señorío y de Bilbao ante unas diversiones populares que, lejos de colapsar las conciencias vecinales, más bien ratificaban la inocencia irradiada por este tipo de espectáculos: *A los pueblos donde hay corridas u otras fiestas acuden varias industrias ambulantes con el fin de sacar el provecho de sus desvelos. De entre éstos acercó a llegar el Sr. Cesarini, domador de fieras, con una colección de perros, monos sabios y otros*

³² A.C.J.G. A.B. Policía. Seguridad Pública. Correspondencia. Registro 283.

³³ A.H.M.B. Sección 2ª. Caja 535 nº 14.

animales. Mi tío, con frecuencia, nos llevaba a que admirásemos las diabluras y brujerías de aquella tropa de sabios. Tenía el Sr. Cesarini en su colección un hermoso elefante que atendía al nombre de Júpiter. Lo llevaba todos los días al bebedero por la calle de Bidebarrieta. En esta calle había un taller de obra prima. Sus aprendices y oficiales se mofaban de Júpiter y le insultaban al pasar, llegando un día a vías de hecho y le tiraron un zapato viejo³⁴.

Podemos concluir, por tanto, diciendo que -con todas sus contradicciones y dudas- la villa de Bilbao sí dispuso de un variado operativo para sustanciar y favorecer el viaje hasta su corazón: desde las ferias estivales de ganado en Castresana, San Mamés y Basurto hasta los mercados de temporada con los que los aldeanos surtían las cocinas de los bilbaínos y los buhoneros ponían al alcance de sus magros presupuestos los tejidos de las dotes de las novias más humildes de la ciudad y del Señorío; desde los epopéyicos partidos de pelota, con retos entre jóvenes guipuzcoanos, vizcaínos, navarros y labortanos o entre milicianos liberales y ultra-realistas acérrimos, siempre mediando apuestas de infarto, hasta todo tipo de espectáculos recreativos que incluían bailes, cucañas, rifas, luminarias y fuegos de artificio; desde la ópera bufa italiana hasta el teatro de compañías madrileñas; desde cafés que fueron el punto de reunión de la clases medias de la provincia, sedes de club social y de tertulia, cimiento de los partidos políticos y gabinetes de lectura y sustrato de los ochotes y polifonías urbanas del Ochocientos bilbaíno hasta tiendas de todo tipo, caracteres y especialidades; desde festejos extraordinarios a canonizaciones de santos, conmemoraciones de victorias militares, misas de difuntos por reyes, infantes y princesas, entradas regias, bodas reales, etc. En todos estos días de gloria, para usar una terminología ideada por el historiador Franco Cardini, los vecinos de Bilbao fueron seducidos por oleadas de viajeros que irrumpieron en la villa para sorprenderlos, inquietarlos, escandalizarlos e, inexorablemente, cambiarlos.

III

Tal como señalábamos al principio de este ensayo, en todos los viajeros de la Ilustración, fuesen extranjeros o peninsulares, pobres o ricos, patricios o plebeyos, se da una constante a la hora de definir y caracterizar a Bilbao: se trata de una “villa comercial”. Esta es su identidad más manifiesta y clara. ¿Eran -y somos- conscientes de calibrar todas las implicaciones que se derivan de tal circunstancia?. Una ciudad comercial se caracteriza por la amplia y extensa presencia de mercaderes y comerciantes, organizados en instituciones propias y complejas, que reciben y giran ingentes cantidades de productos, con todas las consecuencias que ello comporta y produce. De manera sintética, podríamos decir que una ciudad comercial, como Bilbao, es generadora de mercados e

³⁴ Siro Alcain, *Irachulo zar Donosti berri. Colección de artículos sobre el Antiguo y Moderno San Sebastián, sus costumbres y otras curiosidades*. Imprenta de la Viuda de Hernando y Cía. Madrid, 1896, p. 108.

impulsadora de intercambios. Ahora bien, esta ciudad mercantil, por su peculiar ubicación, al pie del Mar Cantábrico, también podría designarse como “ciudad marítima”; y por los múltiples mecanismos de transferencia que genera, podría tildarse, además, de “ciudad arriera”. En todo caso, sea ciudad comercial, centro marítimo o villa arriera, o sea la mixtura y secuencia interpenetrada y yuxtapuesta de todo ello -sin duda la aproximación más correcta-, la actividad viajera aparece implícita y domina sobre cualquier otra consideración. De hecho, toda historia de viajes y viajeros al Bilbao ilustrado que se precie de seria y científica debería tener en cuenta no sólo a las compañías mercantiles, a factores de comercio, a negociantes al por mayor y tratantes de mercancías especializadas, sino también a arrieros y marineros, a carreteros y grumetes, a mulateros venturosos y pilotos, etc. Aquí tan sólo los enuncio, porque me motivan otras cuestiones. Entre éstas quisiera resaltar la de los trabajadores mecánicos itinerantes, los oficiales con o sin cualificación profesional, los artesanos especializados y otros individuos que otorgaron a Bilbao sus otras dimensiones, la de “ciudad artesana, protoindustrial, manufacturera y de servicios”.

Bilbao contó siempre con el grupo más nutrido de asalariados de Vizcaya a lo largo de toda la Edad Moderna. Las fuentes de ocupación y empleo fueron múltiples; se hallaron en las actividades artesanales y jornaleras, en los oficios hiperespecializados y suntuarios cuya producción iba dirigido al consumo de las casas-mayorazgo, los mercaderes y tenderos, y en los múltiples trabajos de los menestrales manufactureros que, a veces de forma estacional, desperdigados por su hinterland y desahogando la villa, ejercían infinidad de tareas protoindustriales en sectores estratégicos, como el metal, la construcción, el cuero, la alimentación y los primeros procesos de transformación del textil³⁵. Lejos de lo que tradicionalmente se ha considerado, en la villa del Setecientos no se daba una rígida compartimentación o subdivisión por oficios, en el sentido de que hubiera manzanas o calles enteras dominadas por uno en particular, pese a la pretensión adscriptiva que subyacía en la mirada culta del viajero anónimo Peter the Fable y que reproduce en el apartado inicial de este estudio. De hecho, otro viajero contemporáneo y que firmó su crónica con el acrónimo D.M.V.D.R., se percató de las mutaciones socio-profesionales sufridas por el callejero bilbaíno y concluye: (Al portal de Zamudio convergen) *Artecalle, que en otro tiempo pudiera haberse llamado la Platería, pues la ocupaban todos los plateros; la de más allá se llama la Tendería; esta de enfrente la Cinturería, pero está equivocada su denominación, pues debería ser la Escribanía* (al estar ocupada) *por escribanos y procuradores*³⁶. La

³⁵ Como contraste, véanse las diversas ponencias compiladas por J.I. Fortea Pérez, *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla (siglos XVI-XVIII)*. Universidad de Cantabria. Santander, 1997.

³⁶ D.M.V.D.R., *Paseos de Bilbao o Cartas Familiares sobre esta Villa*. Imprenta de Pedro Antonio Apraiz. Bilbao, 1800, pp. 7-8. De Ascao dice lo siguiente: “No dejó de divertirme la calle del Arca de Noé, quiero decir Ascao, pues son sinónimos: donde se encuentra de todo, y todo revuelto” (p. 11).

considerable movilidad de la población influía, obviamente, en la forma que adoptaba el entramado social urbano. De manera eventual y con una periodicidad cíclica, podía darse el caso -como de hecho así ocurrió- de observarse bolsas ocupacionales concentradas, constituidas al rebujo de la expansión de la villa, y que en el caso del Setecientos respondían a la emergencia de las profesiones weberianas, es decir, la pequeña burguesía urbana constituida por profesionales liberales, aristocracia artesana y tenderos, fijando una frontera entre el viejo Bilbao, sus Siete Calles estrechas, ocupado por una mezcla de familias artesanas y el Bilbao del Ensanche, habitáculo de sus clases dominantes, tal y como inteligentemente observó el viajero liberal alemán Fischer.

En realidad, la población bilbaína del siglo XVIII se organizaba en pequeños grupos, en islotes tramados por criterios de parentesco y por la afinidad que otorgaba la anteiglesia, merindad, nación y región de origen, y pocas veces por dictados de tipo ocupacional. Me estoy refiriendo a la fuerza del paisanaje³⁷. Esto no quiere decir que la villa fuera un espacio profesionalmente amorfo e indiferenciado. En absoluto. Era muy pequeña, con un espacio jurisdiccional densamente ocupado, elevándose verticalmente y con una rígida estructura de la propiedad, determinando que más del 95% de su población viviese en condiciones de inquilinato. En torno al año 1800, el oficio artesano más numeroso era el de los zapateros, seguido del de sastres, carpinteros, albañiles y canteros y una pléyade de oficios menores, en general muy sofisticados, hasta componer una masa artesanal que rondaba las 1000 personas, prácticamente la misma que la de criadas y domésticas³⁸. Pero entre ambos contingentes de trabajadores se daban importantes diferencias, tanto en función de la representación laboral, como en relación, lógicamente, al género,

³⁷ Esta circunstancia no es una peculiaridad de Bilbao. El guía de George Borrow, en el verano de 1837, habiendo llegado a Galicia, siendo él también gallego, le transmitió lo siguiente: "Todos los gallegos que hay en Madrid, cualquiera que sea su condición, se conocen; allí, al menos, son buenos amigos y se ayudan mutuamente en cuantas ocupaciones se presentan. Si en una casa hay un criado gallego, seguramente la cocina se llena de paisanos suyos, y no tarda en advertirlo el cocinero a costa suya, porque comúnmente se dan maña para devorar cualquier regalillo que tengan reservado para sí y su familia". G. Borrow, *La Biblia en España*. Madrid, 1987⁽³⁾, p. 288. Esta endogamia comunitaria, de afectos y solidaridades de origen regional, también podemos advertirla entre los trabajadores metalúrgicos y armeros vizcaínos y guipuzcoanos que se desplazaron a Asturias, por orden real, en la última década del siglo XVIII. En Trubia, Francisco de Luxán observó que la colonia de artesanos vascos "ha adoptado y seguido en todo la organización en gremios y la distribución de trabajo a que estaban acostumbrados. Enseñan su oficio a aprendices asturianos, pero como puedan reclutar el personal entre sus descendientes". A finales de noviembre de 1795 habían llegado a Oviedo 110 maestros, con especializaciones de llaveros, cañonistas, martilladores, etc., constituyendo un conglomerado de familias que superaban las 300 personas, instalándose unos al lado de los otros. G. Campo Suarez-Valdés, *Campesinos y artesanos en la Asturias preindustrial, 1750-1850*. Silverio Cañada, editor. Gijón, 1990, p. 231.

³⁸ Los Censos de Floridablanca (1787) y de Godoy (1797), al menos en lo que se refiere a los desgloses y componentes más significativos, son reproducidos por T. Guiard Larrauri, *Historia de la Noble Villa de Bilbao*. La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1971. Vol. III, esp. pp. 353 y ss.

origen y procedencias sociales y geográficas. Mientras que los artesanos, sobre todo el núcleo de maestros, trataban de dar continuidad a sus unidades familiares, tiendas y talleres, apostando por la naturaleza bilbaína de sus componentes y propiedades, postulando nexos de subsidiariedad con la mesocracia mercantil, exigiendo filiaciones a todo advenedizo que deseara asentarse en la villa y erigiendo sagas laborales profusas entre diversos oficios, hasta el punto de constar la existencia de un artesanado de bilbaínos originarios, el caso de las criadas se sitúa en las antípodas del panorama anteriormente referido. Por la posición foránea, dependiente e individualizada que caracterizó a este colectivo -no en vano, al menos siete de cada diez domésticas eran de origen aldeano- su capacidad de integración estuvo mediatizada por la elaboración de estrategias matrimoniales muy complejas en el seno de un mercado nupcial muy competitivo y orientada más hacia la oficialía que a la maestría³⁹. Si el contraste entre maestros artesanos y criadas singularizaba a la villa, por el contrario la estructura del trabajo urbano del Bilbao ilustrado era pareja a la de Londres, París o Madrid, salvando lógicamente las distancias cuantitativas, no así las cualitativas, porque si hablamos en tales parámetros lo que tendríamos que subrayar es el colosal peso de comerciantes y mercaderes sobre el conjunto de la población, en una proporción de más de uno por cada tres artesanos. Se trata de una magnitud impresionante, de un dato que modeliza a la villa vasca, hasta el punto de hacer de Bilbao un nicho de especialización en la historia de las ciudades mercantiles europeas preindustriales. Artesanos y comerciantes contaban con instituciones -desde el Consulado a las Hermandades, Gremios y Cofradías de oficio⁴⁰- que garantizaban su reproducción, al tiempo que les proporcionaban seguridad y esquemas estandarizados de organización, trabajo, producción e intercambio. La masa informe, a veces tan gigantesca como difusa, de jornaleros, asalariados, maniobrerros, ganapanes, estibadores, embaladores, etc., quedó en el Bilbao ilustrado al margen del orden corporativo y, por tanto, de la estabilidad en el trabajo y del sentido de comunidad extensa, muy alejados de la posición legal y social que llegaron a detentar las clases artesanales y mercantiles citadas, pues no en vano esa masa carecía del distintivo identitario que otorgaba el haber nacido en la villa o pertenecer a la misma por riqueza, estatus, ocupación continuada y arraigo probado⁴¹. Todas estas consideraciones deben tenerse en cuenta a la hora de

³⁹ Para profundizar más en esta cuestión, véase J.C. Enríquez, *Sexo, género, cultura y clase. Los rumores del placer en las Repúblicas de los Hombres Honrados de la Vizcaya tradicional*. Beitia. Bilbao, 1995, esp. cap. V, pp. 99-124.

⁴⁰ El mejor trabajo que sintetiza la significación de las corporaciones gremiales como comunidades morales sigue siendo el de W.H. Sewell, *Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*. Taurus. Madrid, 1992, esp. pp. 59-66.

⁴¹ La debilidad de los trabajadores no agremiados y dependientes de un trabajo estacional fue observada por St. Kaplan, "Réflexions sur la police du monde du travail, 1700-1815", en *Revue Historique*, Vol. 261 (Paris, enero-marzo, 1979), esp. pp. 20-21 y 26-27.

abordar el estudio de los parámetros de la inclusión y exclusión del viaje plebeyo y deben ponderarse para poder discernir las formas de trato y comunicación de los trabajadores itinerantes e inmigrantes pobres con las autoridades y vecinos de Bilbao.

Pese al escaso bagaje historiográfico con el que contamos, todo parece indicar que fueron las redes familiares, las solidaridades del paisanaje y las derivadas del oficio, las rampas que forjaron y canalizaron los flujos migratorios y los viajes organizados hacia Bilbao y, con ello, la estructuración final de un modelo de movilidad laboral que tendía a reproducir el trabajo cualificado y también el monopolio de determinados oficios. Este es el caso de los curtidores irlandeses y los panaderos franceses asentados en la villa a lo largo del siglo XVIII⁴². Se trata de comunidades fuertemente endogámicas, que impulsaron un régimen de promoción autónoma y de organización laboral exclusiva y que se ganaron, entre los bilbaínos y vizcaínos, el desprecio y la xenofobia. Los primeros, al ejercer -según la mentalidad dominante de la época- actividades infames y deshonorosas (lo mismo les ocurrirá a los carniceros y tejeros, casi todos de origen vasco-francés); los segundos -especialmente a partir de 1789, como consecuencia de la Revolución Francesa y una coyuntura europea de guerras, carestías y hambrunas- acusados de trapear los axiomas normativos de la “economía moral de la multitud”. Más digerible fue el viaje de determinados aldeanos que, desde sus anteiglesias y pueblos de origen, fueron a Bilbao a aprender un oficio. Nos topamos en este caso con un modelo de viaje tan estandarizado como sofisticado que hunde sus raíces en la Alta Edad Moderna bilbaína y vasca. Esa fue la vía transitada por los futuros zapateros del Valle de Orozco que se formaron en los talleres bilbaínos con maestros oriundos de dicho valle, y que después ejercieron la oficialía o la maestría en el resto del Señorío, pero buscando siempre los vínculos del paisanaje que facilitaban la movilidad viajera y laboral⁴³. En cualquier caso, se trate de viajes transnacionales o de viajes intraprovinciales, todos contaban con soportes de auxilio y resguardo: los irlandeses y galos, para asegurar la continuidad de una comunidad que nunca dejó de ser apátrida; los aprendices rústicos acogidos por artesanos de origen no bilbaíno, para oxigenar la integración social, la reproducción de los lazos de la camaradería originaria y la eficacia de un oficio.

¿Qué ocurría, entonces, con todos los trabajadores viajeros pobres que no contaban con los avales mencionados? La pregunta es trascendente y comple-

⁴² A. Bilbao Acedos, “Los irlandeses y el sector del curtido en Bizkaia en el siglo XVIII”, en *Bidebarrieta*, IV (Bilbao, 1999), pp. 295-309; P. Feijóo Caballero, *Bizkaia y Bilbao en tiempos de la Revolución Francesa*. Diputación de Vizcaya. Bilbao, 1991, *passim*.

⁴³ J.C. Enríquez, “Trabajo, disciplina y violencia. Los aprendices en los talleres artesanos vizcaínos durante la Baja Edad Moderna”, en *Jornadas de Historia sobre la Casa de la Sociedad Vasca del Antiguo Régimen*. Ponencia. Vitoria, 1997 (en prensa).

ja. Trascendente, porque nos obliga a reflexionar sobre nosotros mismos como historiadores, porque nos impele a disponer de marcos teóricos plausibles y flexibles y a usar técnicas y metodologías razonables. Compleja, porque la cuestión suscitada sólo podrá tener una respuesta aceptable en el contexto de la transición del Antiguo Régimen a la sociedad liberal, o si se prefiere del feudalismo al capitalismo. Como sabemos fehacientemente el siglo XVIII europeo y vasco fue de crecimiento. Creció la población, se expandieron las actividades agropecuarias y se desarrollaron las iniciativas manufactureras y mercantiles⁴⁴. La suma de tantos crecimientos y desarrollos, en el sentido que Pierre Vilar nos enseñó a emplear ambos conceptos, subvirtió el viejo orden productivo. Se erosionaron las viejas formas de trabajo semi-libres, se extinguió la servidumbre laboral, aumentó el trabajo asalariado, libre y móvil y se aceleró -siendo el caso del agro vasco un paradigma- la expulsión masiva de todos los desheredados de la troncalidad foral⁴⁵. Así, cada año del siglo XVIII miles de trabajadores, en cantidades que nunca sabremos con exactitud, se lanzaron a los caminos o se dirigieron a las ciudades en busca de expectativas de trabajo y de vida, privilegiando las opciones del no trabajo sobre el trabajo, seleccionando patronos, discriminando propuestas ocupacionales o asumiendo con normalidad los contratos de temporada sobre los de larga duración⁴⁶. No es que ellos hubieran elegido esa forma de vida. En realidad, las circunstancias les forzaron al vagabundeo, a ejercer trabajos esporádicos, a implorar la limosna con frecuencia e, incluso, a protagonizar las variopintas figuras delictivas que inventó la judicatura de la Ilustración⁴⁷. La clase gobernante, que se dio cuenta de todos estos cambios, precisamente porque los alentaba y dirigía, y que advirtió cómo y con qué intensidad sus traumáticas consecuencias podían conducir a la indisciplina social, a la ociosidad de los trabajadores, a la irregularidad para el empleo y a la insubordinación generalizada -¿no fueron estas, acaso, las quejas de los industriales y fabricantes en las primeras décadas de la industrialización?-, actuó de doble manera: por un lado, se distanció de todos ellos, rompió con los viejos patronos de resociali-

⁴⁴ Para el ámbito vasco siguen siendo válidas las conclusiones elaboradas por E. Fernández de Pinedo, *Crecimiento económico y transformaciones sociales en el País Vasco, 1100-1850*. Madrid, 1974; y P. Fernández Albaladejo, *La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833. Cambio económico e Historia*. Madrid, 1975.

⁴⁵ Una excelente síntesis de este proceso la podemos seguir en R.S. Du Plessis, *Transiciones al capitalismo en Europa durante la Edad Moderna*. Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza, 2001, *passim*.

⁴⁶ Los cambios que se produjeron en el orden social y económico del Setecientos y las relaciones entre la nobleza rural, el patriciado urbano y los trabajadores pobres fueron debatidos por E.P. Thompson en "Patrician Society, Plebeian Culture", en *Journal of Social History*, Vol. VII (1974), pp. 382-405.

⁴⁷ Para el ámbito europeo, véase J.P. Gutton, *La société et les pauvres en Europe (XVIe-XVIIIe siècles)*. P.U.F. Paris, 1974; para el ámbito vasco, J. Gracia Cárcamo, *Mendigos y vagabundos en Vizcaya (1766-1833)*. Universidad del País Vasco. Bilbao, 1993.

zación, con la deferencia y paternalismo antiguorregimentales, asumiendo paradigmas más agresivos de relación social, tildándoles de “chusma” y “populacho”, dos conceptos centrales en la historia de las ideas del siglo XVIII; por otro, elaboró un programa punitivo de aseo social que tenía por objetivos limpiar las villas y las aldeas de agentes considerados nocivos para la paz y estabilidad republicanas, mediante razzias periódicas, levas, castigos y encarcelamientos, nutriendo de paso los batallones militares y los presidios con trabajadores forzados. No es por casualidad que la voz “contagio” de la Enciclopedia de Diderot y D’Alambert y del Diccionario de Agricultura del abate Rozier, tan frecuentes en los anaqueles de las bibliotecas de la primera burguesía bilbaína refleje esta interpretación. Ni tampoco debe sorprendernos que todos los “casos de estudio” de la presencia de tales trabajadores pobres en el Bilbao ilustrado respondan a variantes puntuales que generó el modelo referido. La historia del largo viaje que a continuación expongo tiene la virtualidad de resumir todos⁴⁸:

Cuando José Modest, un valenciano de 30 años, fue detenido en Bilbao, en el verano de 1781, debió de ser una sorpresa mayúscula para él que se le considerase vago y malentendido, dado que dicha etiqueta le condenaba a largos años de estancia, con la categoría de soldado raso, en los Ejércitos de Su Majestad Católica. Pero el relato de su vida bastó al alcalde y asesores judiciales para dictar dicha providencia. Había nacido en la ciudad del Turia en torno al año 1750. Sus padres le colocaron de aprendiz a los once o doce años para que conociera el oficio de la carpintería calafatera con el artífice Tomás Ruiz. En su casa y taller de itinerancias alcanzó la oficialía seis años más tarde, manteniéndose con su instructor y maestro otros dos años más. Después siguió ejerciendo el oficio, ya por libre, trabajando en Calpe, Altea, Denia y otras poblaciones costeras del reino de Valencia. Sin duda fueron años intensos, un ciclo formativo integral en la práctica del oficio y en la asunción de relaciones sociales y vitales. Son los años mozos de un trabajador libre, al que le gusta la taberna, que se desplaza a toda clase de festejos, que trasnocha y ronda a jóvenes en edad de merecer⁴⁹. Cuando contaba veinticuatro o veinticinco años de edad, una estancia en la villa de Redecilla, localidad sita a una legua de distancia de Santo Domingo de la Calzada, en el Obispado de Calahorra y la Calzada (La Rioja), le deparó una novia, María, con la que se casó

⁴⁸ A.H.F.V. C.V. Legajo 219 nº 2.

⁴⁹ Para una profundización de las prácticas lúdicas de los trabajadores jóvenes, véase D. Garrioch y M. Sonenscher, “Compagnonnages, Confraternities and Associations of the Journeymen in Eighteenth-Century Paris”, en *European Studies Quarterly*, XVI (1986), pp. 25-45; C.M. Truant, “Solidarity and Symbolism among Journeymen Artisans. The case of Compagnonnage”, en *Comparative Studies in Society and History*, XXI (1979), pp. 214-226; C.M. Truant, “Insolentes e independientes: los oficiales y sus ritos en el taller del Antiguo Régimen”, en V. López y José A. Nieto (Eds.), *El trabajo en la encrucijada. Artesanos urbanos en la Europa de la Edad Moderna*. Madrid, 1996, pp. 203-247.

a los tres meses de conocerla. ¿Por qué un desplazamiento tan largo?. Es posible que nunca lo sepamos. Quizás cabría responder que era fruto de un trabajo surgido puntualmente al amparo de las relaciones vivenciales que otorga el oficio; o, quizás también, una simple invitación efectuada por un compañero o amigos originarios de las tierras logroñesas. Tampoco deberíamos desdeñar la aventura del viaje, ya que tenemos pruebas documentales, para otros casos, que ratifican tal aseveración. En cuanto a la boda, como otras tantas plebeyas y trabajadoras, es posible que fuese la consecuencia de unas relaciones sexuales prematrimoniales y de un embarazo no deseado⁵⁰. Optar por cualquiera de las dos posibilidades no deja de ser una especulación, porque también cabía la asunción libre de la nupcialidad. De hecho, con ella regresó a Valencia a la semana de casarse, y con ella convivió por espacio de trece meses, hasta que enfermó y falleció en el Hospital del Reino, tras cinco meses de agónica permanencia, sin duda víctima de alguna de las enfermedades que una gran ciudad reservaba a las personas más débiles de su ingente saldo migratorio⁵¹.

Si el óbito de su desgraciada esposa le afectó o no, es posible que tampoco lo sepamos nunca. A José Modest, tres días después de enterrarla le bastaron para arreglar sus cosas y dirigirse a Tortosa, puerto donde confluía el crecimiento catalán con el aragonés del Setecientos. Allí se enroló en la saeta del capitán Antonio Sánchez y durante dos años la calafateará y embreará en los puertos de Nápoles, Sicilia, Malta, Marsella, etc., transportando todo género de víveres y vinatería. La mala suerte y los rencores que convirtieron el Mediterráneo en un mar de discordias y conflictos durante toda la Edad Moderna, hicieron que su saeta fuese apresada por el Turco en el golfo de Mesina. Una fatalidad que pagó con diez meses de presidio en Constantinopla. Fue el embajador de Francia quien liberó todo el rol, pasando la cuarentena en Venecia. Desde la ciudad de Vivaldi, atravesando la Italia alpina y la Francia provenzal y pirenaica, llegó a San Sebastián, y de aquí se trasladó a Bilbao en el año 1780, viviendo en la habitación de un albañil que residía en Cantarrana, es decir, en los arrabales populosos de la villa. En su declaración aseguró que pudo mantenerse sin trabajar porque le quedaban algunos reales todavía de los que había recibido del rescate turco, de las limosnas aportadas y recogidas en su hégira y de los trabajos esporádicos realizados en el dilatado periplo. Los veinte días que se mantuvo en la villa de Bilbao le bastaron para descansar, confraternizar en las tabernas de Allende el Puente, flirtear con María Concepción Misquia, y acumular informaciones laborales y salariales sobre las dársenas de construcción naval de la costa cantábrica. Incluso es posible que

⁵⁰ G. Stedman Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera*. Madrid, 1979, esp. pp. 223-224.

⁵¹ Sobre el papel ecológico de las villas y su incidencia en las variaciones cíclicas de las estructuras poblacionales de los residentes urbanos e inmigrantes, véase A. Sharling, "Natural decrease in Early Modern cities. A reconsideration", en *Past and present*, Vol. LXXIX (Cambridge, 1978).

los once días que pasó en Castro Urdiales construyendo una chalupa para el Regidor de Mareantes de su puerto los contratase en Bilbao. De Laredo, donde permaneció varios días, nada le satisfizo. Un mes, a lo sumo dos, le convencieron del claro reflujo de las actividades de la carpintería de ribera en Santander y Vizcaya. De vuelta, en la casa-posada del albañil bilbaíno de los Tres Pilares sólo se mantuvo un día, pues al inmediato se dirigió a San Sebastián con ánimo de *volver a su patria* y sacar un nuevo pasaporte, abandonando el que tenía extendido de la ciudad de Turín, con el cual había tenido problemas al identificarle y confundirle algunas justicias vascas con un mendigo o peregrino italiano en vez de un honrado artesano valenciano en itinerancia. El dinero para el embarque lo obtuvo Modest calafateando durante veinticuatro días un convoy galo procedente de la Guayana francesa en los fondeaderos del puerto de Pasajes.

En realidad, su vuelta a Valencia, vía marítima, no tenía la finalidad de asentarse en la ciudad, sino solicitar el certificado de fallecimiento de su mujer, lograr papeles que confirmaran su *libertad y soltería* y contraer segundas nupcias con la Misquia, el cual había tratado y convenido cuando estuvo por vez primera en la villa de Bilbao⁵². Tras nueve días de estancia en su ciudad natal consiguió lo que pretendía. Cuando fue detenido sólo llevaba residiendo en Bilbao dos meses; meses en los que había ganado su sustento estibando vena en la ría, cargando y descargando bacalao en Achuri y Bilbao la Vieja y transportando mercancías de los carromateros valencianos hacia los mercados de pobres y de segunda mano de la plazoleta y pórtico de Santiago, y costales de trigo castellano con yuntas de bueyes para el consumo de diferentes vecinos de Bilbao⁵³. Quienes tuvieron relaciones con él, los barrenderos de la ciudad, durante este breve tiempo nos aseguran que José Modest *siempre tenía muy poco dinero* y solía relacionarse mucho con los arrieros de su tierra, con los que incluso hizo varias incursiones hasta la Aduana de Orduña. También durante las fiestas del Corpus se granjeó la compañía de los danzantes valencianos que habían acudido a la ciudad a vender sus espectáculos. Él, por su

⁵² Muy poco sabemos todavía sobre la vida afectiva de los artesanos españoles durante la transición al capitalismo. Todo parece indicar que el comportamiento de Modest se sitúa en el anverso de la línea dominante seguida e impulsada por la historiografía social: la referida a la actividad sexual ilegal, el abandono del hogar, la convivencia de parejas sin vínculo matrimonial, etc. Véase, para Francia, J. Depauw, "Illicit Sexual Activity and Society in Eighteenth-Century Nantes", en R. Foster y O. Ramun (eds.), *Family and Society*. Baltimore, 1976, esp. pp. 185 y 188-191; y para el conjunto europeo las diversas aportaciones editadas por J. Amelang y M. Nash, *Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*. Ediciones Alfonso el Magnánimo. Valencia, 1990.

⁵³ El proceso de degradación de las condiciones de trabajo de un artesano con oficio era el último peldaño en una secuencia de infortunios personales y que se situaba más allá de la polarización entre oficios dignos e indignos del complejo corporativo gremial de una ciudad. Sobre esta cuestión, véase E.P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra, 1780-1832*. Barcelona, 1977. Vol. II, pp. 102 y ss.

parte, confirmó alguno de los extremos referidos, añadiendo que aquellos días en que no era contratado como cargador, solía autoemplearse cogiendo angulas en la ría, actividad esta que había compartido con Antonio Bissens, un engarzador, platero de menudo y basto y buhonero de bisutería, también originario de Valencia, vendiéndolas posteriormente, de puerta en puerta, por las casas de la villa. Reconocía, eso sí, que había realizado varias diligencias ante el capataz mayor del astillero de Zorroza para obtener empleo en su oficio, siendo rechazada su solicitud. Esta negativa no le preocupaba en exceso, ya que *tenía mal una pierna del dilatado camino que había andado a pie, de regreso a Bilbao desde Valencia, y dicho mal le había durado después de haberse casado*. Su objetivo en la vida ya estaba claro: curarse y seguir siendo *su propio amo*.

Si alguien piensa que el caso de Modest es un paradigma de la excepcionalidad, se equivoca. Al Bilbao ilustrado llegaron miles de trabajadores con las características del carpintero reseñado. Algunos pernoctaron en la villa o recorrieron sus calles en un suspiro, deteniéndose brevemente en sus tabernas o posadas o haciendo mera escala hacia otros destinos. Parada inevitable para muchos metalúrgicos guipuzcoanos que iban o venían a las forjas de Cantabria, y para otros tantos carboneros navarros que surtieron los materiales combustibles de los ingenios industriales de la Montaña y Norte de Burgos. Plaza de tanteo y de aventura para tahúres incorregibles, borrachos contumaces y haraganes sin conmiseración. Espacio de trueque y ratería para soportar una vida de tumbo en tumbo, tan propia de músicos y ciegos ambulantes, quincalleros y buhoneros sin patria y trabajadores y jornaleros con claras y manifiestas carencias y anomalías físicas. Todos ellos llegaron a la villa de Vizcaya transportando en sus espaldas el bagaje de la “mala vida” o, parafraseando a Arlette Fargué, de la “vida frágil”. Simplemente, Bilbao nunca los acogió.